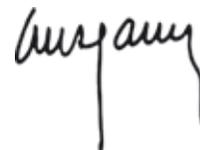




anyany

FUNDACIÓN
ANTONIO GALA
PARA JÓVENES
CREADORES

XIV promoción
13 de octubre de 2015 - 13 de mayo de 2016

 **FUNDACIÓN
ANTONIO GALA
PARA JÓVENES
CREADORES**

Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores
XIV promoción 2015 - 2016

Virginia López Anido, David Ledesma Feregrino, Hui-Chung Liu,
José Emilio Hernández Martín, Sergio Romero Linares, Gaizka Ramón, Juande Morenilla,
Sara Torres, Edén Barrena, Andrea Santiago Díez, Daniel Martínez Martín.

ISBN: 978-84-939144-9-3
Depósito legal: CO 945-2016

Imagen de la portada: Juande Morenilla
Fotografías individuales de los residentes: Virginia López Anido
Corrección de textos: Gaizka Ramón
Diseño y maquetación: Gaizka Ramón y Edén Barrena
Imprime: Gráficas Galán, Villa del Río, Córdoba



Atendiendo siempre a los distintos procesos que utiliza la creación para sobrevenir, me tentó desde muy joven mirar a los creadores no literarios, cuyos medios de manifestación son la plástica o el ritmo, el volumen o el tiempo. Siempre soñé con conocer los caminos de quienes no escribían ni necesitaban la palabra como medio expresivo de su arte. En mi pensamiento, habían de ser eficaces para mi multiplicación y mi enriquecimiento. Me atraía una especie de comunidad pitagórica en que, creadores de diversos orígenes, produjeran entre sí una especie de fecundación cruzada que los hiciese crecer recíprocamente y adentrarse en el entusiasmo donde la creación reside.

La Fundación no es más que el resultado de estos viejos deseos. En ella, los jóvenes creadores de la décimo cuarta promoción han trabajado aislados y reunidos a la vez, intercambiando experiencias entre ellos: los pintores, el músico, los escritores... Se han animado unos a otros, se han elevado, se han trasladado sus respectivos raptos, y así la convivencia ha sido –espero– feliz, tensa, fructífera y alegre. Porque para convivir no se ha de estar ensimismado, y menos aún fortificado, sino abierto y ofrecido; no al margen de lo que ocurra a su alrededor, sino como un fruto que va madurando en un roce con otros, animado por otros, golpeado si es preciso por otros, una vez suscitado por su curiosidad y sus incentivos. La revolución de cada espíritu, si es compartida, es más productiva y menos árida. El principio de los vasos comunicantes también actúa en las mentes y en las almas. La soledad colaboradora, en compañía a ciertas horas, es aún más colaboradora. La desesperanza, que a veces nos asalta, se atenúa entre trabajadores a los que impulsa idéntica esperanza... Este libro que tenéis en las manos es la prueba de todo ello.

Antonio Gala

Memoria de actividades del curso 2015 - 2016



13, 14 y 15 de octubre de 2015

Taller de inicio al curso, por Rafael Jiménez y F. David Ruiz, residentes de la XI promoción.

16 de octubre de 2015

Acto de **inauguración del curso** 2015-2016.

17 de octubre de 2015

Inauguración de la exposición colectiva *Trampa 2014*.

Antonio Gala, así como su Fundación, fueron galardonados por la Federación de Ateneos de Andalucía en Almodóvar del Río (Córdoba), cuyo Ateneo Popular cumplía 90 años de existencia.



6 de noviembre de 2015

Visita guiada a la Mezquita-Catedral de Córdoba.

12 de noviembre de 2015

Visita al yacimiento arqueológico de Medina Azahara.

17 de noviembre de 2015

Visita de **José Guirao** a los artistas plásticos.

25 y 26 de noviembre de 2015

Visita del actor y dramaturgo **José Luis Esteban**.

27 de noviembre de 2015

Inauguración de la exposición *MeetUp1Córdoba* de Javier Ruiz y Teresa López.

29 de noviembre de 2015

Concierto del grupo Zéjel *La Memoria de Oriente*. Música árabe, cristiana y sefardí. Organiza: la Delegación de Turismo del Ayuntamiento de Córdoba.

3 de diciembre de 2015

Visita de **Ana Gavín Martín**, directora general de la Fundación José Manuel Lara.

8 de diciembre de 2015

Visita del compositor **Antón García Abril**.

14 de diciembre de 2015

Concierto de Navidad del Cuarteto Jordán, que interpreta *Génesis*, obra para cuarteto de cuerda del residente de la XII promoción Rubén Jordán.

15 de diciembre de 2015

Comida de Navidad.

13 de enero de 2015

Reunión del **Patronato de la Fundación.**

14 de enero de 2016

Presentación del libro *305 Elizabeth Street* del residente de la XI promoción Iván Canet Moreno.

19 de enero de 2016

Visita de 2º del bachillerato de Bellas Artes del IES Luis de Góngora con el profesor **Joaquín Peña Toro**.

28 de enero de 2016

Presentación del libro *Contra el olvido. Una memoria*

fotográfica de Palestina antes de la Nakba, 1889-1948 de Teresa Aranguren.

4 de febrero de 2016

Visita de los responsables de la **Asociación de Fundaciones Andaluzas**, la **Fundación Magtel**, la **Fundación Ayesa** y el **Museo Thyssen Málaga**, además de nuestro patrono **José Guirao**, Director General de la Fundación Montemadrid.

5 de febrero de 2016

Presentación del libro *Sidecar* de Nerea Pallares, residente de la X promoción.



8 de febrero de 2016

Visita de **Ignacio Estudillo** y **Javier Macipe**, pintor y director de cine respectivamente, ambos residentes de la X promoción.

9 de febrero de 2016

Proyección en la Filmoteca de Andalucía del largometraje *Los inconvenientes de no ser Dios* y del cortometraje *Os meninos do rio*, dirigidos por Javier Macipe, residente de la X promoción.



12 de febrero de 2016

Visita de **Matías Candeira**, residente de la IX promoción. Reunión con los residentes de literatura para charlar sobre su novela *Fiebre*.

29 de febrero de 2016

Visita del Director del MoMA de Nueva York, **Glenn D. Lowry**, y sus anfitriones en Córdoba, Elena Martínez-Sagrera y Mariano Aguayo.

4 de marzo de 2016

Visita de los alumnos en prácticas de **Gestión del Patrimonio Artístico de la Universidad de Jaén**.

10 de marzo de 2016

Visita de la clase de 1º de bachillerato de literatura española y universal del IES Zoco.



14 de marzo de 2016

Concierto de **La Camerata Capricho Español**, bajo la dirección de Alejandro Muñoz Aguilar.

30 de marzo de 2016

Inauguración de la exposición de fotografía *arteSpacio* de Manuel Lama Baena.

7 de abril de 2016

Visita de **José Álvarez** profesor del grado de Historia del Arte de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba, a los artistas plásticos.

13 de abril de 2016

Presentación del libro de poemas *Los últimos perros de Shackleton*, de Ben Clark, residente de la III promoción.



15 y 16 de abril de 2016

Tiene lugar la IV edición de Encuentros Interartísticos, organizados por los residentes de la XIV promoción, y que cuenta con las siguientes actividades:

Viernes, 15 de abril.

18:00 – **Recital de Chantal Maillard.**

20:00 – *Los días sin aplausos*. Recital-concierto de los exresidentes Alberto Guirao y Alberto Guerrero.

Sábado, 16 de abril.

11:00 – *Las andanzas poéticas del perro chihuahua*.

Cuenta cuentos mexicano infantil amenizado con música

12:00 – *Shūfā*. Taller de caligrafía china.

17:00 – Teatro imagen, teatro encuentro. Muestra-taller impartido por María Ibáñez.



20:00 – Charla sobre *Espacios rurales, arte contemporáneo y poesía*. Intervienen Rafael Jiménez, residente de la XI promoción, y Carmen Camacho.

22:00 – *Cantata a cuatro monjas*

Lectura polifónica, en el Centro de Arte Pepe Espaliú.

Actividades permanentes:

Haz lo que digo, instalación interactiva de fotografía de Virginia López, así como **Intervención mural** en los Jardines de Orive (Palacio de Orive), coordinada por Sebas Velasco, residente de la XII promoción.

9 de abril de 2016

Visita del pintor **Miguel Gómez Losada**. Visita de **Ana D'Atri** y **Purificación Plaza**, editoras del Grupo Planeta, y **Santos Palazzi**, director del área digital del Grupo Planeta.

13 de abril de 2016

Inauguración de la exposición *Antonio Gala. Eterno y de cristal*, y presentación de la antología de textos literarios de Antonio Gala titulada *Una señal en el corazón*. Concesión por la Unión Nacional de Escritores de la **medalla de San Isidoro de Sevilla** a la Fundación. La medalla fue entregada al presidente de la Fundación, Antonio Gala, por el presidente de la UNEE, Juan Carlos Heredia.

28 de abril de 2016

Visita de **José Guirao** a los artistas plásticos. Recital de poesía por las escritoras **Noelia Díaz-Vicedo** y **Ghazal Mosadeq**.

6 de mayo de 2016

Presentación del libro *La ocarina del tiempo* de Raquel Vázquez, residente de la XIII promoción.

10 de mayo de 2016

Presentación del libro *La mejor de las vidas* de David de Juan, residente de la IV promoción.

11 de mayo de 2016

Charla sobre el proyecto de la revista digital *La tribu de Frida* por su editora Carmen García de la Cueva, y presentación del libro *Siamesa* de María Ramos.



12 de mayo de 2016

Ensueño cordobés, concierto fin de curso del residente Daniel Martínez, acompañado por el cuarteto *Nher*.

13 de mayo de 2016

Acto de clausura y fin del curso de la XIV promoción.



Índice

Virginia López Anido	14
David Ledesma Feregrino	20
Hui-Chung Liu	26
José Emilio Hernández Martín	32
Sergio Romero Linares	38
Gaizka Ramón	44
Juande Morenilla	50
Sara Torres	58
Edén Barrena	64
Andrea Santiago Díez	70
Daniel Martínez Martín	76



Virginia López Anido
West Virginia, EE. UU., 1993

Se graduó del programa de Studio Art en el Bard College de Estados Unidos en 2015. Su trayectoria artística orbita en torno al *collage*, la escultura, el *mixed media* y el *fiber art*. En base a su formación académica, su producción toma elementos del post-minimalismo, el expresionismo abstracto y el *art brut*, tendencias que agrupa siempre bajo el denominador común del feminismo, el cuerpo y la identidad.

El cuerpo como material-en-transición en un espacio de negociación donde es posible sobrepasar los límites de lo convencionalmente entendido como forma humana. En estos últimos meses, su práctica artística ha sido fruto del diálogo entre formas abstractas y formas figurativas, así como de la experimentación entre fotografía, material encontrado, cerámica, dibujo y extensión del cosido.

Tanto la obra como la personalidad de Virginia han contribuido enormemente a expandir mis horizontes creativos durante nuestra estancia en la Fundación. Gracias a su conocimiento del arte contemporáneo, he descubierto a artistas como Louise Bourgeois, Judy Chicago o Hannah Wilke, y he profundizado en mi interés por formatos como la instalación, el videoarte o la performance. Cuando no al grupo entero, por lo menos a mí me ha guiado en dos importantes tareas: ahondar en el arte conceptual más actual y lanzar una mirada revisionista, enriquecida de un feminismo lúcido y lúdico, sobre la historia del arte en general.

— Gaizka



Crawl, 2016, cerámica y tela



Arriba izq: *Lumpy*, 2016, cerámica
Arriba dcha: *Hairbrush Stitches*, 2016, lana y hilo
Abajo izq: *Half an Udder of Mala Leche*, 2016, barro y lápiz
Abajo dcha: *The Other Half of an Udder*, 2016, barro y lápiz



Shopping at The Children's Place, 2016, escayola



Niña, 2016, collage



La boda, 2016, collage



David Ledesma Feregrino
Ciudad de México, México, 1990

Nació en la Ciudad de México, bajo las faldas del Peñón de los Baños. Es hijo del romance entre un chamán que ya no ejerce y una reencarnación de Rosa Rolanda. Hermano de dos perros xoloitzcuintles. Alquimista de formación, puto romántico por vocación. Le dicen La Malquerida.

«Amar en ese tiempo era un acto de rebeldía». Era un mal momento para crecer, para proteger la dignidad o para existir a secas. *En nuestra cama no* es una novela sobre el amor entre dos hombres en el México contemporáneo, sobre el amor que ya se atreve a decir su nombre porque de todos modos la muerte va a agarrar parejo; ésa no discrimina. Es también una obra sobre la autodefensa, sobre la necesidad de protegernos las unas a las otras sin olvidarnos de ser felices en el trayecto. «¿A nosotros quién nos protege?», se preguntaba Elena Poniatowska después de la matanza de Tlatelolco. «Nosotros mismos», nos seguimos contestando. «¿Somos creyentes? Sí, creemos en nosotros mismos».

Una vez David me dijo que, para él, una buena novela no daba respuestas sino que planteaba preguntas. Incluso una historia tan específica como En nuestra cama no, desarrollada en un contexto concreto, tiene un radio de acción infinito. En ese sentido, la novela de David es un diálogo que desemboca en una pregunta que podría hacerse a cualquier persona en cualquier parte del mundo. En mi caos, David ha sido respuestas.

— Andrea

Fragmentos de
En nuestra cama no

Estúpida planta vulnerable, pensaba Quetzal al ver la flor que tenía Gloria colgando del balcón. La misma que horas más tarde se agitaría por la corriente de aire formada entre la noche y sus gemidos. Podría sentirse hasta culpable de ponerle encima ese adjetivo. No porque le transmitiera la condición, sino porque la había nombrado y hay verdades que es mejor guardar en silencio y con decoro.

Nada hay de peor gusto, según los manuales de Walter Riso y Tv Notas, que exhibir la vulnerabilidad. Lo correcto es ser cabrona, sonriente, mostrar la fuerza y el eterno carnaval. Por eso es que Quetzal se creía condenado a fracasar, porque había nacido con una malformación social. Todos tenían frente al miocardio piel, costillas y una capa de carnita. Quetzal, por el contrario, parecía haber llegado con el pecho descubierto. Con la entraña expuesta para que el mundo la mirara y la tocara sin enfrentar mucha barrera. Él no podía más que cubrirse con trozos de tela y confiar en que, si se reservaba lo suficiente,

nadie descubriría el secreto oculto bajo su camisa.

Lo había escondido de Jesús incluso mientras lo besaba o dormía con él. Masturbando sus dos vergas paralelas, bañándose juntos, reposando desnudos en la cama después de venirse. Quetzal era experto en disimular ese secreto, después de haberlo cargado durante veinticuatro años. Las horas que seguían habrían de revelarlo, demostrando que ninguna verdad puede sofocarse eternamente.

Llegó tarde del ensayo, a las doce diecisiete. A Quetzal le habían dado ganas de esperarlo con la cena lista. Pasta con salsa precocida y ensalada. La Durán nunca estaba a aquellas horas y era como vivir solo. No lo esperó con ropa presentable ni con algo sexy. Se puso los *shorts* que usaba para estar en casa y cocinar, una camiseta sin mangas. Tampoco sintió vergüenza al dejar la mesa puesta ni preocupación de que el otro pensara que había sido demasiado cuidadoso.

Jesús gritó desde la calle, porque no había timbre, y Quetzal bajó corriendo. El primero esperando recargado sobre un árbol. Una pierna doblada, con la rodilla al frente. Se sabe hermoso aunque no se imagina cuánto. El segundo agitado por bajar a brincos, con una mancha de jitomate en la playera. Se besan. Quetzal lo piensa inmenso; miden casi lo mismo. Un grupo violento de oraciones quiere salir de las dos bocas y en su lugar brotan saludos.

Le encanta ver la mesa puesta, que lo haya estado esperando. Se sienta, cansado, sin mucha súplica, y deja que Quetzal se haga cargo de las ollas. No por huevón ni por intento de macho, sino porque ve en el otro al hombre que podría ofrecerle ayuda cuando le faltaran energías. *Yo estoy más despierto, yo me hago*

cargo del trabajo. Pura economía.

Quetzal sirve la pasta mientras canta, sin prestar mucha atención a su movimiento de cadera.

Quiero bailar, quiero sentirme hermosa.

Quiero cantar, ver el amanecer.

Jesús imagina sus manos en aquella cintura, los tirones que han de acercarle para sentirse más adentro.

Muchas de las noches subsecuentes serán como ésta y la primera. No todas, *imagínate qué hueva*, pero vivirá entre ellos el espíritu del ritual que les hizo enamorarse. Después de comer Quetzal va por la botella de mezcal, a sabiendas de que Jesús lo beberá como si fuera agua y de que no entenderá nada cuando le diga que *¡es de a poquito!*

Puede que sea un cambio minúsculo o la alineación de los planetas. Lo que sea hace que los dos se encuentren esa vez más relajados y que Quetzal esté menos pendiente del grosor de sus murallas. Se apura a lavar los trastes, el agua falta mucho en la Portales, y acaricia después a Jesús con las manos apestándole a lavanda. Se besan, por octava o vigésima vez en una hora. Unos dientes en el labio inferior, la lengua correspondiente en el superior contrario.

*Quiero sentir sólo tu dulce boca
y bailar, quiero sentirme bien.*

Qué rico pega el aire que se filtra en la ventana. El calor se disimula por el viento cruzado. Entra por el vidrio roto de la cocina y por los huecos abiertos que dan hacia el balcón. Es incierta la estación, como siempre en el D. F., y el clima bien podría encajar en marzo o en principios de octubre. De vez en cuando se meten hojas secas, algún escarabajo. Una vez la corriente llevó al cuarto un globo desinflado con la

carta que una niña dirigía a los reyes magos.

Jesús toma a Quetzal de las nalgas y lo carga hasta su cuarto. De a cartoncito de cartón, como se baila la banda. Será la primera vez que lo penetre sin intentar derrotarlo. Quetzal ya no detendrá los movimientos que le sepan femeninos. Antes había sido puro teatro. Podrá volver a serlo, pero sólo por placer. Ya nunca por defensa. Moverá su base en círculos, con las rodillas achatadas por el suelo, rezando a lo más alto. Será en la búsqueda de la catapulta a la ionósfera que sepa que ya no puede fingirse resistente. En vez de asustarse y volver, como tiempo atrás, decidirá mostrar el corazón.

Quiero bailar, quiero sentir el cielo.

Quiero volar, ver el amanecer.

Ahí está Quetzal: saltando, rebotando, siendo el baile. Los brazos sosteniendo su cabeza para que se vea la independencia que ha alcanzado la cadera con respecto a todo el cuerpo. Es como si el recuerdo saliera disparado del rinconcito más hondo, de sus propias experiencias o del inconsciente colectivo. Dicta, por un lado, las vibraciones de su pelvis. Por el otro evoca los momentos en que disfrutó siendo vulnerable.

Dicen que la eternidad, cuando comience, ha de, ¡por fin!, hacerlo un lunes. *A fin de cuentas la cuenta que cuenta es la suma de los momentos en que el ser humano vence el miedo magistral de entregarse entero a otro ser humano*, pasan las palabras de Eliseo Alberto, como un *flash*, frente a los ojos de Quetzal.

Decide hacerlo, no como una interrogante que se resuelve, sino como un acto que se asume una vez que se ha entregado el cuerpo en la misma dirección.

*Quiero vivir sólo el dulce momento
y bailar, quiero sentirme bien.*

Rompe la tela que tiene sobre el pecho. Mira a Jesús sin parpadear, comunicándole a través del canal de ojos negros que algo importante está a punto de pasar. Los dos sonríen, autorizando el despegue, y Quetzal arranca también la piel falsa que tiene sobre el centro. Se alcanza a distinguir algo de sangre, un hueco enorme que, contra cualquier expectativa que pudiera tener la biología, se ha mantenido firme e impoluto.

Quetzal muestra a Jesús su relicario abierto. El cofrecito de ébano en el que guarda el corazón, sin lograr nunca distanciarlo de su ambiente. Jesús despliega el brillo de sus ojos, recordando, en cada momento, incrementar el movimiento de la pelvis, la presión de sus yemas en las nalgas. Y es allí cuando Quetzal se conecta con el cosmos, con todos los seres de la Tierra y con cada Quetzal antecedente y sucesor.

*Y quiero, quiero
sentir el calor que tu boca despide
en cada oración que dices
quiero ser el corazón que tú buscas
que tú buscas.*

Un rayo de sol viaja desde su cama hasta el otro extremo de la galaxia y Quetzal se muestra al fin como siempre ha querido ser: frágil, vulnerable, sensible al dolor que atraviesan las orugas al convertirse en mariposas.

Una mano de Jesús en las entrañas y con la otra se deja guiar por el dueño de ese cuerpo. No lo hablan previamente, pero ya saben lo que quieren. Es un deseo reciente y coordinado. No nació en una

ni en otra cabeza, sino en la intersección de ambas. Se levanta de la cama y Quetzal lo lleva lentamente hacia el balcón. Dejan atrás una maraña de sábanas y calcetines.

*Quiero bailar, quiero sentir tu cuerpo
Y bailar, quiero sentirme bien.*

Creen que están siendo silenciosos pero medio edificio los escucha. Es difícil seguir durmiendo con el barandal rechinando al fondo, el estira y afloja de las pieles y Quetzal jadeando como lo haría en una carrera. La pareja del departamento dos del primer piso, al borde de la separación y tras dos meses de abstinencia, despierta enfadada por el escándalo. Se quedan primero los dos inertes, mirando al techo y con los ojos pelados. Surge entre ellos la envidia constructiva. Ella expresa la furia, nacida de la interrupción del sueño a las dos de la mañana entre semana, moliendo como loca la caña del hombre que ha ocupado por diez años el otro extremo de su cama.

Las manos de Quetzal sobre el balcón, dándole la espalda al otro. Los vellos erizados de los dos por el frescor del intemperie y el miedo a que los vean desde la calle. El miedo que también son ganas. Es el tercer piso, están las aceras vacías y ellos cubiertos por los árboles, pero igual un desvelado podría estarles mirando desde alguna parte. La posibilidad los excita y los hace empujar más fuerte.

*Y quiero, quiero
sentir el calor que tu boca despide
en cada oración que dices
quiero ser el corazón que tú buscas
que tú buscas.*

Un auto pasa sobre Vértiz y vuelve a atravesar,

rodeando el Parque de los Venados, para presenciar el espectáculo. Ellos sienten el cruce repetido y se ponen más firmes, más histriónicos. La planta que tiene Gloria colgada en la ventana se tambalea. La maceta de barro cruje y se desempolva. Las hojas secas de su tallo caen y quedan no más, como bandera, las flores moradas.

Quetzal se viene sin tocarse, encaminado por la luz de ese bombeo. Su semen cae sobre las hojas del árbol de en frente, el que tiene enredado en una rama la cinta de un *cassette*. Se escurre hasta fundirse con el asfalto. A pesar de la relajación por la que pasa la mitad inferior de su cuerpo, Quetzal sigue resistiendo el pulso de Jesús. Lo aguanta hasta que termina dentro y de su garganta corre un eco con tintes de gruñido y de suspiro y de piropo.

*Quiero bailar, ser suave movimiento
y gozar, quiero sentirme bien
quiero sentirme bien**

Desde esa noche el secreto de Quetzal empezó a ser una carga compartida. Ahora que Jesús sabía de la cajita de ébano en la que guardaba el corazón, ya no había necesidad de esconderla todo el tiempo y podía liberarse también en su presencia.

—Eres perfecto como eres —le diría Quetzal en otro tiempo, quizás también otro país—. A veces sólo no sé entender la perfección, la complejidad. Eres tan perfecto, tan hermoso como la obra de arte más bella que has visto jamás. Y te miro, te miro aunque no estés. Y el corazón me da vueltas por experimentar lo sublime, lo sublime que puede llegar a ser el mundo. Y me avergüenzo. Me avergüenzo tanto por no saber entender la perfección y la complejidad, por no saber

esperar paciente tus palabras. Por sentirme tan abierto frente a ti. Por saber que puedes entrar a mí por la vía que tú prefieras. Con el pene o con la mente. Que como sea estoy abierto para ti.

* * *

Las personas, cuando no se encontraban en estado andante-vegetal, solían ser capaces de vislumbrar mejores futuros. *Eso es lo que más admiro de ti*, le decía Quetzal a la Durán. *Que puedes imaginar todo mejor*. Veían los problemas del mundo, del país, y, aunque no pudieran trazar un mapa secuencial que resolviera el universo, imaginaban que algo habría en un espacio tan vasto, suficiente como para rescatar la Utopía de la sección de antigüedades obsoletas de la biblioteca.

Quetzal, en cambio, encontraba imposible erradicar la crueldad de los humanos. Los siglos se escurrían por las alcantarillas y la gente seguía matando con los mismos métodos que estuvieron en boga en la Edad Media.

Lo descubrió la mañana en que decidió dejar de ser vegetariano. Había pasado dos años intentando encajar con los animalistas, o los poliamorosos, los zapatistas de café de Coyoacán. Todo para confirmar que se sentía tan ajeno a ellos como a cualquier otro transeúnte. Allí lo vio, en la última de sus desolaciones. La diferencia entre ellos y Quetzal era que ellos tenían un sistema imaginario que los salvaría de la opresión.

Quetzal sabía que no, que aun ahí no encontraría liberación. Lo distinguía en sus ojos rebosantes de cordura y humanidad: las nuevas reglas terminarían también siendo lacerantes. Y fue en esa epifanía que se

descubrió huérfano de motivos. No habría revolución capaz de salvarle de la vida. Caminó por el transborde de metro Ermita, ya sin ninguna dirección, mientras sus audífonos repetían la consigna que decía *people ain't no good, people ain't no good at all*.

De cualquier forma, un impulso le pedía seguir confiando. Poco le costaba entregar su corazón a cualquier perro y creer que no se necesitaba más que una sonrisa para tender un puente con las venas. Deseaba saber que un hombre podría cuidar su vida si le tuviese por completo a su cargo. Que no le haría daño pese al deseo, y los instintos, y los recovecos de los sueños. Era por eso que podía ponerse tan sumiso en una cama. Para jugar a la gente que no mata y a las manos que aprietan las carnes sin llegar a desgarrarlas.

Se ponía en cuatro, ojos cerrados, y hacía realidad su fantasía. *Miénteme*, pensaba, y el paraíso cancelaba todos sus exilios.

**Quiéreme mucho*, Ely Guerra.



Hui-Chung Liu
Taipéi, Taiwán, 1990

Licenciada en Bellas Artes en el año 2015 y Máster en Arte, Idea y Producción en la Facultad de Bellas Artes de Sevilla. Usa colores con tonalidades pastel y los objetos que representa tienen un carácter dulce y amable. A pesar de esto, generalmente representa imágenes terroríficas y misteriosas donde utiliza metáforas visuales.

Aparentemente, nuestra sociedad vive en paz. Sin embargo, en muchas ocasiones, su interior está lleno de males y enfermedades que no se pueden controlar. La intención de mi pintura es mostrar este fenómeno a los espectadores. Mis obras son narrativas y están basadas en los cuentos de hadas. Intento representar que las cosas del mundo parecen hermosas pero en realidad son defectuosas. Detrás de los personajes tiernos y dulces se esconde una realidad más oscura.

Hui-Chung es una pintora apasionada con un lenguaje visual formado de metáforas, simbolismo y representación. Su uso de colores pastel complementa su atención a los detalles en la superficie de sus obras. Le intriga jugar con composiciones surrealistas e imágenes ambivalentes que llevan significado dentro de si mismas. Hui-Chung me ha enseñado el poder de crear un mundo único que solo ella puede contar. Ha sido divertido, interesante y sobre todo un placer trabajar al lado de Hui-Chung.

— Virginia



Otro mundo, detalle, 2016, 116x80 cm, óleo sobre lienzo





Otro mundo, 2016, 116x400 cm, óleo sobre lienzo



Otro mundo, detalle, 2016, 116x80 cm, óleo sobre lienzo



Otro mundo, detalle, 2016, 116x80 cm, óleo sobre lienzo



José Emilio Hernández Martín
Ciudad de México, México, 1993

Cursó estudios de Escritura Creativa y Literatura en la Universidad del Claustro de Sor Juana y de Historia en la Universidad Veracruzana. Obra suya está publicada en revistas como *Círculo de poesía* y *Punto en línea*. Becado en dos ocasiones por la Fundación para las Letras Mexicanas y la UV en el área de dramaturgia. En 2015 recibió el primer premio de poesía en el 46 Concurso Nacional Universitario otorgado por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Como las piernas o el vello nasal, un proyecto crece en proporciones insospechadas. *La ciencia de la despedida* es el título de la obra de teatro con la que surgió la idea de venir a esta fundación; no obstante, no es la única en la que dedico horas de intenso trabajo. Han aparecido por lo menos tres obras más cuyos temas o premisas circundan la idea del amor; sin embargo, no es éste un proyecto sobre cómo los amantes ensayan. Es sobre el rotundo adiós de los que aman.

Emilio escribe como los brujos curan a los pueblos. Detrás de una capa de hombre duro esconde la sensibilidad necesaria para tender puentes con los corazones de la gente. Su mirada, a veces inocente, a veces sabia, busca develar nuevas verdades sobre nuestro paso por la Tierra y nos recuerda por qué «el teatro siempre ha sido y seguirá siendo siempre».

— David

Fragmentos de
La ciencia de la despedida

Tercer acto/tercer cuadro

MARINA: No tiene por qué cuidarme.
DIBOV: Es verdad.
MARINA: Debería irse.
DIBOV: Quisiera irme.
MARINA: El camino es largo.
DIBOV: Pronto vendrá el doctor.
MARINA: Vendrá a recoger sus cosas.
DIBOV: E irnos.
MARINA: Y tener una conversación conmigo.
DIBOV: Tener una conversación con usted debe ser difícil.
MARINA: Estamos teniendo una conversación, no sea idiota.
DIBOV: La conversación con usted es importante.
MARINA: Esa conversación tendrá lugar aquí y ahora.
DIBOV: Después.
MARINA: Ahora.
DIBOV: Como quiera.
MARINA: Podría tenerla usted conmigo. Aquí. Ahora.

DIBOV: El doctor dijo: “No dejes que se vaya”.
MARINA: El doctor dijo: “Makarenko, no dejes que se vaya”.
DIBOV: El doctor dijo: no hay ningún Makarenko”.
MARINA: El doctor no dijo eso.
DIBOV: No me llamo Makarenko.
MARINA: ¿Cómo te llamas, Makarenko?
DIBOV: ¿Quién es Makarenko?
MARINA: No te importa.
DIBOV: Usted está loca.
MARINA: Usted, Makarenko, está loco.
DIBOV: No, usted está loca.
MARINA: No usted está loco.
DIBOV: Está hablando como una loca.
MARINA: está hablando con una loca.
DIBOV: No volveremos a esta casa.
MARINA: Habrá otro episodio, sin duda.
DIBOV: No volveremos.
MARINA: Es una mujer muy vieja.
DIBOV: Usted es una mujer enferma.
MARINA: Defina la palabra “enferma”.
DIBOV: Conozco un sanatorio cerca de aquí.
MARINA: Yo conozco un sanatorio cerca de aquí.
DIBOV: El doctor dijo: “Podemos conseguir un lugar para ella en el sanatorio cerca de aquí”.
MARINA: El doctor dijo: “No volveremos”.
DIBOV: El doctor dijo: “Makarenko, no volveremos”
MARINA: No hay ningún sanatorio cerca de aquí.
DIBOV: Sí, es una mujer muy vieja, pero no volveremos.
MARINA: Todo esto ha sido una pena.
DIBOV: El doctor ha dejado las cosas muy claras.
MARINA: Ha sido una verdadera pena.
DIBOV: No volveremos a esta casa jamás.

MARINA: Aunque el bosque se queme.
DIBOV: Y la casa con él.
MARINA: Que se mueran las locas.
DIBOV: Mejor.
MARINA: Mucho mejor.
Silencio.
DIBOV: ¿Puedo preguntarle algo?
MARINA: ¿Puede?
Silencio.
DIBOV: ¿Por qué?
MARINA: Sentí una necesidad irrefrenable de matarme.
DIBOV: Se acaba usted de mudar.
MARINA: Dije matar.
DIBOV: Se acaba usted de matar.
MARINA: Yo he estado en muchos lugares.
DIBOV: ¿Qué siente usted?
MARINA: Tengo muchas cosas que hacer.
DIBOV: Sí, es cierto. Tiene usted muchos planes por delante.
MARINA: Debo acabar muchas cosas.
DIBOV: Puedo recomendarla en el sanatorio cerca de aquí.
MARINA: Yo escribo.
DIBOV: Yo no sé leer.
MARINA: Me gusta escribir.
DIBOV: Yo perdí a mis padres hace tiempo.
MARINA: He escrito 1132 poemas.
DIBOV: No sé por qué usted me hace sentir.
MARINA: 802 composiciones.
DIBOV: Usted me hace sentir.
MARINA: 22640 versos.
DIBOV: Como si estuviera ausente.
MARINA: 25 obras de teatro.

DIBOV: Como si fuera otra persona.
MARINA: 7 inicios de novela.
DIBOV: Como si yo.
MARINA: 2 finales.
DIBOV: Como si yo, yo; es decir, yo.
MARINA: 653 ensayos.
DIBOV: Como si yo ya me hubiera ido a otra parte.
MARINA: Un réquiem.
DIBOV: Y yo no fuera yo, sino alguien más. Es decir, como si yo sí fuera yo, pero en el cuerpo de alguien más.
MARINA: Hay una cosa muy curiosa cuando hablamos del réquiem. Por un lado se puede escribir al final de cualquier composición en prosa, verso o una mezcla afortunada de ambas. Usualmente se utiliza con fines decorativos o siguiendo el curso de la inercia producida por el dolor de la muerte de un personaje. Sea cual fuere el caso, un réquiem se necesita siempre y cuando un personaje muera de forma inducida, que éste sepa de antemano que su muerte está próxima y no puede hacer nada para evitarlo, la busca, se siente atraído por ella. Digamos, de forma vulgar, una despedida, el réquiem busca acompañar al personaje en toda su muerte. Dedicarle unas últimas palabras, darle el aliento que necesitará de vuelta en la oscuridad.
DIBOV: Usted me hace sentir todo eso.
MARINA: Habla como si estuviera enamorado.
DIBOV: El doctor no tarda.
MARINA: El doctor dijo: “Estaré en un par de horas”.
DIBOV: El doctor dijo: “Makarenko, estaré de vuelta en un par de horas”.
MARINA: Habla usted como si estuviera enamorado.
DIBOV: Tengo que irme.

MARINA: El doctor dijo: “Makarenko, no te alejes de esa casa hasta que yo vuelva”.

DIBOV: El doctor estará aquí pronto.

MARINA: Hábleme de su mujer.

DIBOV: No tengo mujer.

MARINA: Tisis, tuberculosis o cólera.

DIBOV: Desapareció. Supe después que enfermó y se retiró a un sanatorio, cerca de la montaña.

MARINA: Le enviaron una carta.

DIBOV: El doctor dijo: “Yo me haré cargo de la muchacha”.

MARINA: “Yo me haré cargo de ella. No tiene por qué preocuparse”.

DIBOV: Ella murió cerca de la montaña. De frío, según me dijeron.

MARINA: Las montañas suelen hacer mucho daño a las mujeres.

DIBOV: Y a los hombres.

MARINA: ¿Qué hizo la montaña?

DIBOV: La aplastó.

MARINA: Murió de frío, qué poético.

DIBOV: Me hicieron saber que no fue agradable, ni poético.

MARINA: Lo poético no tiene nada de agradable, al contrario, está íntimamente relacionado con los deshechos.

DIBOV: El doctor no debería tardar.

MARINA: El doctor.

DIBOV: Seguro que viene pronto.

MARINA: ¿Qué ha dicho el doctor?

DIBOV: El doctor dice muchas cosas.

MARINA: Habla como si estuvieras enamorado.

DIBOV: ¿Del doctor?

MARINA: De mí.

DIBOV: Debo decir que no.

MARINA: Hable sobre ella.

DIBOV: No me acuerdo.

MARINA: De su abrigo.

DIBOV: Uno gris.

MARINA: Como el del doctor.

DIBOV: Negro. El del doctor es negro.

MARINA: ¿Y el de ella?

DIBOV: No encontraron su cuerpo.

MARINA: ¿Debo decir que es triste?

DIBOV: Diga usted lo que quiera. Me estoy cansando de su conversación.

MARINA: El doctor no tarda.

DIBOV: Tendrá esa conversación.

MARINA: Qué le habría dicho.

DIBOV: ¿A quién?

MARINA: ¿A su mujer?

DIBOV: ¿Antes de morir?

MARINA: Antes de morir.

DIBOV: Le habría dicho tantas cosas que ahora no puedo articular una sola idea.

MARINA: Elija una.

DIBOV: Suelo no pensar en eso.

MARINA: ¿Qué le diría?

DIBOV: Le diría: “Adiós”.

MARINA: ¿En serio?

DIBOV: Marina dijo: “Dibovchenko, deja eso de una vez que nos sacarán de este lugar”.

MARINA: ¿Qué le diría a Marina?

DIBOV: Le diría: “Marina no te conozco, pero tengo un vacío en el corazón del que me gustaría hablar. A veces me despierto en la noche pensando en qué hubiera pasado si tú estuvieras cerca. Marina, no

me acuerdo si lloré cuando me dijeron que estabas muerta, yo creo que sí porque, según me hicieron saber, me querías mucho y yo, creo, quiero creer que también te quiero. Ojalá nos volvamos a ver cuándo este tiempo no sea este tiempo y nos reconozcamos en algún sitio, no importa cual. Que solo pasemos uno delante del otro, con diferentes caras y ropa, junto con otras personas, pero que nuestros ojos, que siempre son los mismos, se detengan un segundo en los del otro y sepamos, sepamos en ese mismo instante, que recordemos, que alguna vez tú fuiste Marina y yo fui tu Dibov”.

MARINA: Dulce es el instante del reconocimiento.

DIBOV: Habla usted como si estuviera enamorada.

MARINA: Lo estoy.

DIBOV: ¿Del doctor?

MARINA: De usted, Makarenko, estoy enamorada de usted.

DIBOV: Marina.

MARINA: ¿Sí?

DIBOV: Marina.

MARINA: ¿Emílievich?

DIBOV: ¿Dónde estás?

MARINA: Tengo tanto frío, Emílievich.

DIBOV: Todo va estar bien.

MARINA: Tengo tanto frío.

DIBOV: No había hecho tanto frío.

MARINA: Es el invierno más crudo. Aya lo ha dicho.

DIBOV: Debe serlo.

MARINA: ¿Dónde estás?

DIBOV: Cerca del mar.

MARINA: ¿Tienes frío?

DIBOV: Nunca había sentido tanto frío.

MARINA: ¿Por qué hace tanto frío?

DIBOV: Si dices tanto la palabra frío te da más frío.

MARINA: No puedo dejar de decir que tengo mucho frío.

DIBOV: Hoy ha caído más nieve que ningún otro día.

MARINA: Hoy ha caído mucha nieve. Aya tuvo que comerse a Rüdger, el castor. Dice que me hará unas zapatillas con su piel. Pobre Rüdger no merece ser desollado, pero nosotros no merecemos morir de frío.

DIBOV: Pobre Rüdger.

MARINA: Enciende la calefacción.

DIBOV: Nosotros no tenemos calefacción, Marina.

MARINA: Es que tengo mucho frío.

DIBOV: Frota tus manos.

MARINA: Me di cuenta que eso no sirve de nada.

DIBOV: Y exhala frente a ellas.

MARINA: No sirve de nada.

DIBOV: Espera un momento. Frótalas. Así

MARINA: Tengo mucho frío.

DIBOV: Mira; así. Más despacio. Exhala.

MARINA: Tengo frío.

DIBOV: El doctor vendrá pronto.

MARINA: Tengo mucho, mucho frío.

DIBOV: No tardará.

MARINA: Nunca había sentido tanto frío.

DIBOV: El doctor dijo: “Estaré allí en un par de horas”

MARINA: El doctor dijo: “Makarenko, estaré allí en un par de horas”.

DIBOV: Es preferible conservar la calma.

MARINA: Qué es, exactamente, “conservar la calma”.

DIBOV: El doctor ha dich/

Fin del tercer cuadro.

Del réquiem/cuadro único.

AGENTE: ¿Cree que haya ido al mar?

AGENTE: ¿Con esta temperatura?

AGENTE: La gente desesperada es capaz de hacer cualquier cosa.

AGENTE: Yo creo que quiso desaparecer, para eso no se necesita ser muy inteligente.

AGENTE: Se necesita tener poco que perder.

AGENTE: Es usted muy listo, agente

AGENTE: ¿Están las patrullas circulando?

AGENTE: En este preciso momento están circulando las inmediaciones.

AGENTE: Será mejor unirnos a la búsqueda.

AGENTE: ¿Cree usted que Marina Belkin es poeta?

AGENTE: Creo que es una terrible poeta.

AGENTE: Pero buena asesina.

AGENTE: Ella más bien hizo otra cosa.

AGENTE: La vieja está muerta, punto.

AGENTE: En fin.

AGENTE: En fin, agente.

AGENTE: Mucho tienen que ver el médico y su ayudante.

AGENTE: Eso lo investigarán por otra parte.

AGENTE: ¿Se sabe el nombre del médico?

AGENTE: Dejó sus datos en la estación.

AGENTE: Agente, ¿por qué cree usted que este es el invierno más frío que se ha registrado?

AGENTE: Yo qué sé.

AGENTE: ¿No tiene alguna teoría?

AGENTE: Sinceramente no me interesa, agente.

AGENTE: ¿Hay algo que le interese?

AGENTE: El clima no es un tema que me interese particularmente.

AGENTE: Pues debería, agente.

AGENTE: Me preocupan otras cosas. Como la sociedad, la política, la violencia.

AGENTE: Esas cosas no sirven de nada, solo nos hacen miserables.

AGENTE: Propone reforestar.

AGENTE: Si aquí nos sobra bosque. Deberíamos invertir en educación.

AGENTE: Es usted un visionario.

AGENTE: Esta Marina Belkin, ¿usted cree que era visionaria?

AGENTE: Ya lo creo, agente. Sin duda alguna lo era.

AGENTE: ¿Por qué?

AGENTE: No me haga esas preguntas, agente.

(Un disparo)

AGENTE: La encontraron.

AGENTE: Será un oso, agente.

AGENTE: No hay osos por aquí.

AGENTE: Se habrá perdido.

AGENTE: ¿Quién?

AGENTE: El oso; cuando hace demasiado frío bajan a buscar comida.

AGENTE: Agente, es usted un visionario.

FIN



Sergio Romero Linares
San José de la Rinconada, Sevilla, 1991

Graduado en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla en 2015. Estudió también en la Accademia di Belle Arti de Roma. Recientemente le ha sido concedido el Premio Universitario Real Maestranza de Caballería, en consecuencia de haber obtenido el mejor expediente de su promoción. Ha sido finalista en diferentes concursos, destacando el XXII Certamen Nacional de Artes Plásticas Universidad de Sevilla, donde le fue adquirida una obra y en el XI Premio de Pintura Club de Arte Paul Ricard.

Pintar aquello que se conoce, que por cualquier razón haya creado un vínculo afectivo. Imágenes donde los espacios, las luces y los personajes involucren la mirada del espectador en la obra. El resultado de este proceso intenta conseguir una relación tripartita entre las sucesivas escenas narrativas, la atmósfera pictórica y el observador, quien entabla un diálogo con el cuadro. En definitiva, el propósito de este trabajo es vincular la experiencia cotidiana y la realidad ficticia en complicidad con la mirada única del pintor, creando así un mundo interior a través de la pintura.

Sergio Romero Linares, «el Ventanas», de técnica sobria y dedicada, con una sonrisa cuando lo requería y un ceño fruncido cuando de la misma forma venía al caso. De él emana un torrente de afectividad y paciencia. Era algo patente que durante sus viajes a Sevilla sentíamos todos el vacío que generaba su partida. Como en sus cuadros, la presencia de Sergio se hace aún más evidente en su ausencia, rememorando y resaltando su propia identidad y el vínculo afectivo que hemos gestado durante este tiempo, que se ha hecho corto.

— Juande



Arriba izqda: *Interno III*, 2016, 46x41 cm, óleo sobre lino

Arriba dcha: *Interno V*, 2016, 46x41 cm, óleo sobre lino

Abajo izqda: *Interno I*, 2016, 46x41 cm, óleo sobre lino

Abajo dcha: *Interno VI*, 2016, 46x41 cm, óleo sobre lino



Interno XII, 2016, 146x146 cm, óleo sobre algodón



Interno XV, 2016, 162x162 cm, óleo sobre algodón



Interno XIII, 2016, 162x195 cm, óleo sobre lino



Interno XIV, 2016, 162x195 cm, óleo sobre lino



Gaizka Ramón
Zaragoza, 1991

Graduado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, ha estudiado además en Berlín y en Buenos Aires. Trabaja como traductor y corrector. Escribe sobre cine, música y literatura para varios medios digitales y en papel. Es codirector de la revista de crítica literaria *Vísperas*.

Desde la habitación 21 de la Fundación Antonio Gala he abordado la escritura de una novela. Los fragmentos que presento en estas páginas corresponden a tres de sus personajes: una médium fraudulenta, un editor de poesía nacido en una familia de médicos humanitarios y una florista que prospera en Londres mientras su madre envejece en España. Como único aglutinante he utilizado el sentimiento de culpa y sus ramificaciones. De la sensación (real o infundida) de haber cometido un error, nace el remordimiento. Del remordimiento, solo en algunos casos, la posibilidad de reconciliación interna. Otras veces se logra el olvido. En contadas ocasiones, la superación.

Cuando leí por primera vez un fragmento de la novela de Gaizka, al poco tiempo de conocerle, comencé a admirarle profundamente. Gaizka hace que aprendas continuamente gracias a sus preguntas de cualquier tema o disciplina artística. Te cuestionas todo y, como si de un proceso de mayéutica se tratase, te replanteas tus propias respuestas. Veo en Gaizka a un escritor polifacético con alma de músico bohemio y gran apasionado de todas las artes. Ojalá tuviera su gran habilidad para narrar historias y pudiera contaros de forma poética lo que aprendí, aprendo y seguiré aprendiendo de él, de sus pasiones y de sus inquietudes.

— Daniel

Fragmentos de
una novela en curso

La cuestión de si uno ha obrado como debería haber obrado es de una inmensa importancia, dado que el único sentido de la vida es hacer, en el breve tiempo que nos es concedido, aquello que desea Aquel o Eso que nos la ha dado. ¿Está usted haciendo lo correcto?

—TOLSTOI

I. M.

Siempre me resistí a creer que el desarraigo fuera a plasmarse tan nítidamente en una imagen: mi madre y yo, un coche de alquiler lleno de sus cosas, un silencio reverberado y, en el medio de un prado, una residencia de ancianos. El cielo era un inmenso bloque azul. Monté la silla de ruedas. Le dije a mi madre que haríamos dos viajes. Primero iríamos a la recepción, para que nos dieran la bienvenida y nos enseñaran las instalaciones. Luego la dejaría cómoda un momento y subiría las cosas a su habitación. El plan le pareció bien. Me sentí orgullosa de ello. Cualquier mínima

muestra de afecto me llenaba de energía; que diera su visto bueno a una propuesta mía, por trivial que fuera, era una gran victoria. Estaba intentando con todas mis fuerzas que la situación se hiciera lo más amena posible. A lo largo de los años, sabía que revisitaría esa mañana: mi esperanza, tal vez frívola, era que hubiera algún detalle que recordar con ternura.

«Cuadradas, las ruedas de la silla van a quedar cuadradas». Recuerdo que dijo eso, mientras yo la empujaba por la gravilla y ella giraba rápidamente el cuello de izquierda a derecha. No, quizá no fuera el cuello, quizá fuera solo la vista. Es sorprendente cómo los ancianos mantienen la capacidad de realizar con rapidez aquellos movimientos que conciernen solo partes minúsculas del cuerpo. Uno diría que la lentitud es homogénea, que permea todo su organismo impidiéndoles realizar cualquier tarea sin esa dulce urgencia a ralentí, tan característica. Pero no. Es fascinante cómo pese a la mala circulación y a pesar de la artritis y en contra de la fatiga, un párpado o un maxilar o un meñique retiene esa habilidad de moverse con la celeridad propia de un cuerpo joven. «Cuadradas, las ruedas de la silla van a quedar cuadradas». Lo dijo casi sin protestar, anunciando un veredicto como quien nada pierde ni gana con el resultado, como un árbitro, augurando un hecho que no por malo iba a conseguir irritarla. Era rara en ella esa actitud.

Nos deslizábamos por la gravilla, mi espalda curvada, y la silla parecía en efecto moverse como si las ruedas no giraran, como si avanzáramos en un plano liso, como si ella y yo fuéramos el disco de plástico en las máquinas de hockey de las salas recreativas

que tras un golpe de muñeca sale disparado de una a otra portería. O como aquel deporte sobre hielo en el que dos equipos compiten lanzando una piedra y cepillando la pista para que se deslice hasta acercarse lo máximo posible a una diana. ¿Cómo se llamaba? Richard lo veía en la tele del salón hace poco; escocés, me dijo que era, como una petanca escocesa. ¿*Curling*? ¿Qué más da? He notado que la imaginación incurre en las más inesperadas digresiones con tal de evitar el malestar. Un enjambre de abejas revoloteaba entre los arbustos. A la distancia se oían varios pájaros. No supe identificarlos. ¿Una urraca? ¿Un carpintero?

—Mamá, ¿sabes que pájaros son los que pían?

—¿Eh? ¿Qué dices, hija?

—Que si sabes qué pajaro está piando, qué tipo de pájaro.

—¿Cuál?

—Espera, ahora no se oye. Ahora. Este.

—Hombre, piar pían las gallinas. Esos están trinando, o cantando. Pero no lo sé, hija, no lo sé. De pájaros sabía más tu padre. Aunque el que sabía de verdad era tu tío, que se lo llevaba a cazar perdices.

—Pues ahora tendrás tiempo para aprender los cantos. Otra cosa no, pero tiempo... —dije.

No, no lo dije. Pensé en decirlo, y luego se me ocurrió que era un comentario muy cruel.

Semanas antes de volar para verla, le había repetido por activa y por pasiva que no era buena idea poner la casa en alquiler tan pronto. ¿Y si se instalaba en la residencia y decidía que aquel no era su lugar? No sería descabellado y desde luego, si se encontrara incómoda allí, habría que hacerle caso. Nadie querría llevarle la contraria y decirle dónde pasar el final de

su vida. Conociéndola, sin embargo, parecía probable que al compartir el día a día con tanta gente enseguida se le crispaban los ánimos. El mismo tipo de arrebatos que la había llevado a ingresar en la residencia podría bastar para que pidiera el alta. Se le había metido entre ceja y ceja que esa casa había que rentabilizarla, así que no había manera de convencerla para que la dejara como estaba. ¿No querría Richard una segunda residencia en España? Le ofrecí a mi madre que él y yo nos hiciéramos cargo de la casa, por lo menos en verano. No quiso ni oír hablar del tema. Luego le sugerí que buscara como nuevos inquilinos a alguien de confianza, alguien del pueblo, para no tener que sacar sus cosas de allí. Ella se negaba en rotundo, alegando que la gente del pueblo bastante tenía con cuidar de sus propiedades. Decía que el momento de marcharse había llegado. Al parecer había pactado con Ofelia y su marido que ella se instalaría primero y, si veía bien la residencia, ellos dos se mudarían también. Insistí por teléfono y luego en persona para que no se precipitara, pero me encontré con lo de siempre: el argumento infectado de reproche. «¿Qué vas a saber tú, Marta? Me voy por salud, ya te lo dije, si no te quieres enterar, allá tú. Aquí sola no puedo estar, ni cuidadora ni leches».

*

Había barandillas a lo largo de todas las paredes. Los pasillos estaban iluminados de principio a fin por una cristalera panorámica por la que entraba abundante luz natural. Cada veinte metros había un descansillo con asientos acolchados para hacer una pausa. Salí de la

habitación 304: colchón individual viscolátex, butaca ergonómica, interfono conectado directamente con recepción, inodoro y ducha adaptados para personas con movilidad reducida, vistas a la plazoleta, en la habitación contigua un matrimonio (celebraban sus bodas de oro, un hijo de visita con un ramo de gardenias). Tomé el ascensor y descendí al primer piso. La trabajadora social me sonrió mientras cruzaba la recepción hacia la puerta, para salir. Recuerdo que, aunque no lograba ofrecerme a mí misma un motivo concreto, cuando cerró el portón a mis espaldas y me vi sola en el exterior del geriátrico, me invadieron unas ganas inmensas de llorar. Tardé hasta después de subirme al coche, conducir de vuelta a casa y servirme una tila. Pero lo hice, vaya que si lo hice. Lloré tanto que temí que me escucharan los vecinos.

II. S.

Desde hacía años era un secreto a voces que, en la iglesia a la que acudían los domingos, un sector de los feligreses especulaba con la conexión entre el mundo de los muertos y el de los vivos. Había rumores de que se juntaban en grupos de cinco o seis vecinos para realizar váyase a saber qué rituales. Al desaparecer su hija (una tarde cualquiera, mientras jugaba al aire libre por la urbanización, como de costumbre) la desesperación del padre le había hecho concederle el beneficio de la duda a aquella pandilla sectaria, que primero le habían sugerido realizar una ceremonia entre ellos y más tarde, frente a la negativa, le habían facilitado el contacto de «la única persona que de veras puede ayudarte: una médium».

Me había telefonado en esa actitud: buscando una profesional, neurótico en su propio patetismo devastado, todo él dividido entre el escepticismo al que se había aferrado hasta la fecha y el pensamiento mágico al que le abocaba su angustia. En esa etapa de mi vida, ya no me veía con fuerzas para asumir un riesgo y un reto semejante, así que me había excusado diciéndole al padre que, por distintos asuntos, me era imposible ayudarlo; le había deseado mucha suerte y me había librado del compromiso. Pero aquello no les había dejado conformes. A la mañana siguiente la madre de la niña me llamaba de nuevo, al borde del llanto, para explicarme que su marido estaba fuera de sí por el estrés. Ella también, pero sobre todo su marido. Le preocupaba que pudiera hacer alguna locura, necesitaban mi ayuda y estaban dispuestos a recompensarme con la cuantía que fuese necesaria. Les ofrecí, si les parecía suficiente, una sesión por vía telefónica. Para mí era más cómodo y para ellos más rentable (nunca añadía la cifra exacta; solo dejaba entrever que acudir en persona duplicaría los costes). Pero la coletilla surtía efecto por sí sola. «Si le parece suficiente», «si se conforma con eso». En la mayoría de los casos, aquello solía bastar para generarles el deseo de no conformarse con nada que no fuera mi plena dedicación. Les contaba que las sesiones telefónicas eran una práctica habitual.

—¿Pero funcionará? —preguntaban sin falta.

—Tiene sus limitaciones, como es natural.

Cuando acudo en persona, recibo...

Ni siquiera me dejó terminar la frase. Me pidió que fuera a verlos esa misma tarde y me recitó su dirección completa, incluyendo la ruta

más conveniente para llegar en coche, antes de que yo tuviera tiempo de pedírsela o de tomar nota. Le expliqué que no podía, que por desgracia, dado lo imprevisible y delicado que era mi oficio, trabajaba con varios casos en paralelo y estaba muy ajetreada. Acordamos que les visitaría dentro de tres días para conocer la historia.

—¡Alabado sea Dios! No sabe lo que le agradezco su visita, doña Saphiro —me dijo mientras abría la cancela metálica de la entrada; debía de haber estado observando inquieta desde la ventana, porque cuando bajé del coche ella ya recorría el sendero de piedras que conducía desde la casa hasta la calle, atravesando un césped que el clima o la falta de cuidados había teñido de ámbar—. Para nosotros ahora mismo no hay nada más importante que encontrar a nuestra hija. Sabemos que usted puede ayudarnos. Muchas gracias por venir, de verdad.

—No, yo le agradezco que me haya llamado.

—Mire —continuaba, muy nerviosa— mi marido tiene depositada toda su esperanza en usted. La policía no está tomando iniciativa. No nos cuentan nada, apenas se dignan a contestarnos las llamadas... Ay, no quiero presionarla, discúlpeme, doña Saphiro.

—No se preocupe, la comprendo, no debe disculparse.

*

—¿Hace cuánto que desapareció? ¿Cinco días?

—Eso es, cinco días, desde el domingo por la mañana, salió a pasear, lo hace a menudo, es un barrio muy tranquilo —respondió la madre con un hilillo de voz.

—¿Qué puede decirnos? Usted es médium, ¿no? ¡Cuéntenos lo que siente, por favor! Claro, si usted es médium, solo podría sentir algo si... —su voz empezaba a resquebrajarse—. En fin, yo no soy experto en estas cosas, pero solo podría sentir algo si... si ella no estuviera, ¿no? —la madre hizo un amago de romper a llorar.

Esa tarde de noviembre salí de su casa con una serie de datos con los que les prometí que valoraría qué línea de acción seguir. En una carpeta, llevaba: una docena de fotografías de la niña a distintas edades, un folio en el que había apuntado las fechas de los acontecimientos clave en su vida, dos de sus collares favoritos, una libretita con redacciones escolares suyas y una carta astral que su madre había encargado sobre ella un par de años atrás.

*

Transcurridos diez días desde la desaparición, me dirigí a la finca para contarles a los padres que una joven, tal vez su hija, había estado intentando hablarme. La había oído de manera muy lejana, con muchas interferencias. Primero intentaríamos hacer unas psicografías: era la manera de que el espíritu de su hija se comunicara por escrito a través de mi puño y letra. Cuando la conexión fuera más fuerte, intentaría emprender un trance de mayor dificultad: que su hija hablara a través de mi voz. Volví a las mismas palabras de siempre, que recuerdo escuchar de pequeña, arrodillada en la misa. Señor, dame castidad y dame continencia, pero todavía no.

III. J.

Esperaba que mi padre se enrabetara y que mi madre se quedara callada. En el fondo, a ella le importaba menos lo que pensarán los demás. Su entorno familiar no era tan exigente. Por el lado de mi padre, no obstante, el peso de las expectativas siempre se había hecho notar. A mi tío paterno, sin ir más lejos, le acababan de nombrar director de la sede de Médicos Sin Fronteras en Adís Abeba, Etiopía. La familia entera estaba de celebración. Era el puesto con el que llevaba soñando más de un lustro, desde que su mujer asumió la vicedirección de la delegación nacional etíope de Transparency International, «la ONG más destacada a escala global por su lucha contra la corrupción», me había dicho mi padre. En esos cinco años, mi tío y tía paternos habían consolidado una carrera meteórica en el ámbito del desarrollo internacional y habían encarrilado a sus hijos para que hicieran otro tanto: en invierno estudiaban becados en la London School of Economics y en verano se apuntaban a voluntariados en el África subsahariana o en la India. Mi padre se moría de orgullo: su hermano y su cuñada, luchando contra la malaria y la corrupción, mejoraban el mundo de una manera tangible, inmediata e indiscutible.

Pero la dinastía del compromiso social no nacía ahí. Venía expandiéndose en el espacio-tiempo por uno y otro flanco de mi árbol genealógico. El tronco y núcleo duro lo habían construido mis dos abuelos: el materno, por ser uno de los más respetados cardiólogos de Madrid durante casi cuatro décadas, y el paterno, por ser un virólogo especialista en la

malaria que había recorrido Tanzania, Uganda y Kenia durante los años sesenta y setenta. Probablemente, las semillas del éxito las dejaron aradas sendos bisabuelos, uno de los cuales, según me habían contado de refilón, había sido alcalde y maestro defensor de la Institución de Libre Enseñanza en no sé qué pueblo cercano a la capital. A esos bisabuelos, intelectuales de izquierdas, les tomaron el relevo dos generaciones de médicos exitosos comprometidos con las epidemias y el avance científico. Et voilà: un seno familiar de activismo social quedaba asentado. En ese panorama, mi padre y mi madre se conocieron y se conquistaron mutuamente, creo yo, gracias a su interés por la Medicina y al añadido de que en ambos casos fuera una tradición familiar. Para mi madre, una tradición que se vivió en un escenario más casto, entre la élite de médicos a la estela de Gregorio Marañón, un escenario en el que la Medicina era una profesión honrada y honrosa, es decir: para las buenas personas pero, también, para las familias de bien. Diría que mi padre vivió todo eso de otra forma, anticipando un perfil médico más cosmopolita y viajero, para el cual la excelencia ya no pasaba por el orgullo nacional y la condecoración otorgada por el caudillo de turno, sino más bien por la publicación de un artículo en alguna revista académica de reconocimiento internacional o por un viaje al extranjero para impartir seminarios de especialidad sobre un avance de laboratorio. ¿Es que no es evidente? ¿Acaso necesito añadir más? Era inevitable: desde hacía años vivía con la certeza latente de que, tarde o temprano, no tendría más remedio que decepcionarlos a todos.



Juande Morenilla
Caravaca de la Cruz, Murcia, 1992

Graduado en la Facultad de Bellas Artes de Valencia, (UPV). Su trabajo ahonda en los puntos de conexión y desconexión entre la imagen encontrada y la propia pintura, negar y aceptar el medio como vínculo entre lo visible y lo plástico.

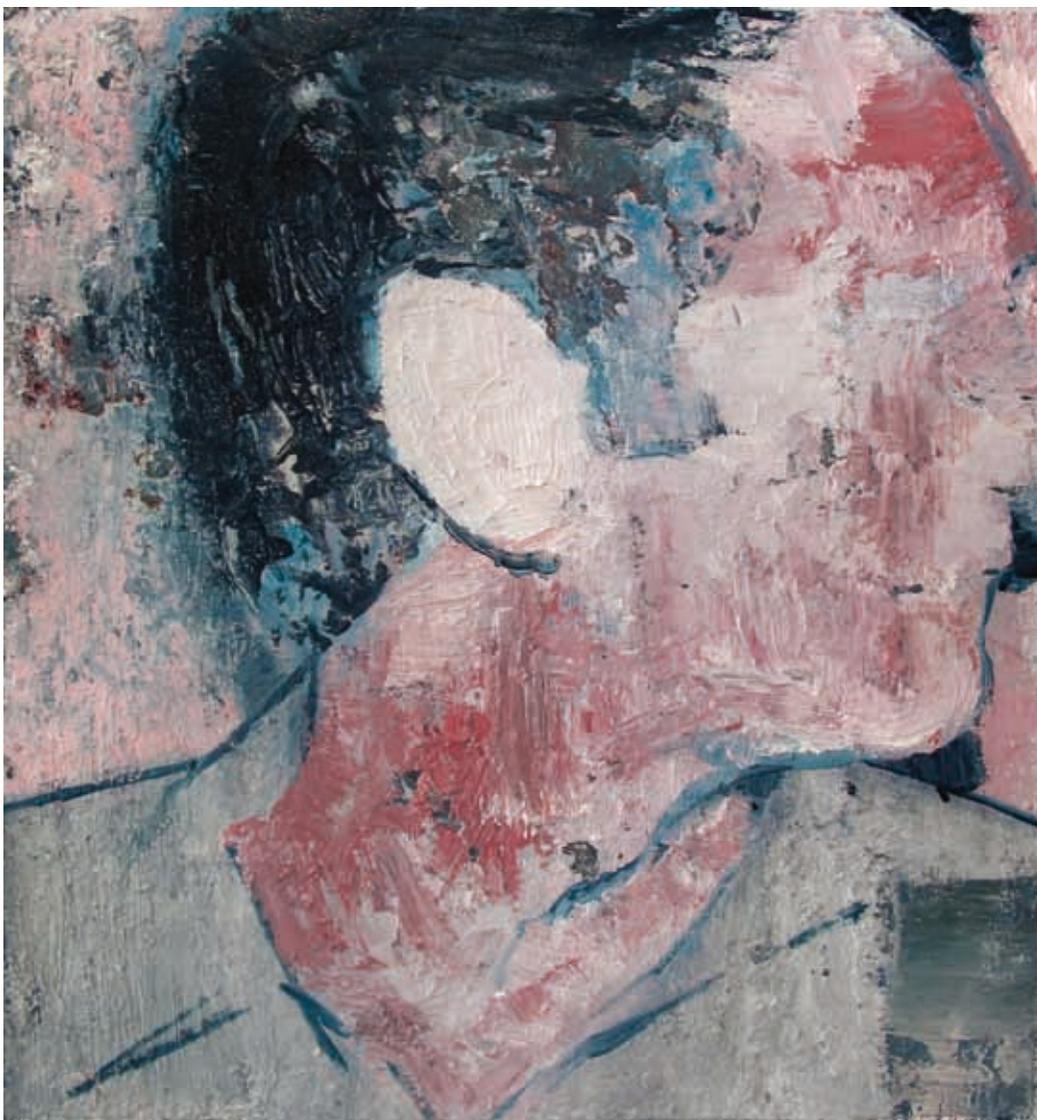
El proyecto explora las particularidades de la imagen adquirida de diferentes medios y su traslado al campo pictórico. Imágenes cuyas singularidades se manifiestan de forma extraña, oculta o fragmentada. Destaca la presencia de figuras despersonalizadas o incompletas, fruto de mis inquietudes por plantear incógnitas de las que se puedan obtener otras posibles interpretaciones.

En las vacaciones de Navidad, Juande pasó los días recopilando imágenes de revistas y libros viejos que tenía en su casa. A la vuelta, traía una carpeta de fundas de plástico transparente repleta de recortes: un tesoro para todo aquel que sienta fascinación por la imaginería encontrada. He sacado cinco de esos recortes al azar, y me sorprende con: 1. Un señor con cara de muy malo, que lleva una mochila de aventurero; 2. El culo de otro señor, sentado sobre los pechos de una mujer; 3. El culo de una mujer en cuclillas; 4. Una mancha abstracta, azulada y roja; 5. Una mano que sujeta un maletín. A lo largo de estos meses, muchos de esos recortes, que son descubrimientos, se han ido convirtiendo en pintura.

— Edén



Slow pic, 2016, 39x40 cm, óleo sobre papel



Innocent II, 2016, 43,5x34 cm aprox, óleo sobre tela



Innocent I, 2016, 32x40 cm, óleo sobre papel



Arriba izqda: *Harmless? III*, 2016, 0,5x8,5x2,5 cm, esmalte sobre madera
Arriba dcha: *Harmless? I*, 2016, 6,5x4,5x3 cm, esmalte sobre madera
Abajo izqda: *Harmless? VII*, 2016, 5x9,5x1,5 cm, esmalte sobre madera
Abajo dcha: *Harmless? VII*, 2016, 10,5x6,5x1,5 cm, esmalte sobre madera



MK, 2016, 70x50 cm, óleo sobre lino



Showdown, 2016, 195x146 cm, óleo sobre lino



Over, 2016, 173x150 cm, óleo sobre lino



Sara Torres
Gijón, 1991

Estudió Lengua Española y sus Literaturas en la Universidad de Oviedo y en la Queen Mary University de Londres (Hispanic Studies). Posteriormente realiza un máster interdisciplinar en metodologías críticas en el King's College de Londres, donde se especializa en teorías de la textualidad, psicoanálisis, estudios *queer* y feminismos. Con el libro *La otra genealogía* (Torremozas, 2014) ganó el Premio Gloria Fuertes de Poesía Joven. Colabora regularmente con textos literarios y críticos en publicaciones como *Kokoro*, *La Tribu de Frida* y *Nayagua*. Su próximo libro de poesía, *Conjuros y cantos* (Kriller 71, Barcelona), saldrá en mayo del 2016.

El concepto de «vida mínima» hace referencia a esos movimientos involuntarios del cuerpo que son indicadores de que un ser está vivo; por ejemplo, la respiración durante el sueño. El núcleo temático del libro es mostrar de manera indirecta las tensiones y las interacciones entre la vida biológica y el sujeto construido en una cultura, con un conjunto de fantasías activas que funcionan como *interface* a través de la cual accede, recibe y procesa los estímulos del mundo. Anne es una voz-flujo-conciencia que encarna y representa el continuo incierto entre lo biológico y lo discursivo.

La poética del intestino. De Sara pienso un caos. El espacio que ocupa el campo de fútbol reglamentario en un país donde esas cosas importen repleto de cosas que no se aprecien a simple vista, con música lenta, porque Sara se mueve con parsimonia de espuma. La vida mínima promete no ser ninguna cosa tangible. O sí. Que se eleve por los aires y aterrice en el océano de lo ajeno. Puede ser eso u otra cosa. No sé. Dependerá del mundo que habite la autora. Por ahora dejemos que nos deleite con el caos de sus letras.

— Emilio

Fragmentos de
Vida mínima

Te sigo en la noche alumbrada por luz nívea. Te sigo bajo una luna ancha y movediza como un gran cántaro de aceite plateado. Hay un patio abierto al cielo con una fuente en medio, hay habitaciones desaboridas que conectan con pasillos que dan a jardines laberínticos con pequeñas estatuas de hierro puntiagudas. Figuras de pájaro elevando su pico como en una reverencia ritual. Temo cortarme con los bordes bajo la falda. Camino embobada por las lenguas de luz lunar que lamen y encienden paredes curvas. El jardín se convierte en asfalto pero las paredes siguen y hay una escalera y estás tú, Jimena. Cruzas con rapidez algunas zonas y en otras esperas hasta que te alcanzo. Raramente te giras para mirarme; vas hablando, contando historias y yo corro tras de ti para que las palabras no se me escurran de los oídos, me esfuerzo por retenerlas una a una, restos de cohete caídos en la playa. Quiero que te gires a mirarme, que me mires bien alumbrada por esta luz, que te quedes en mis ojos y tener que retirar la cara o tener que morirme. De pronto en el sueño parece que yo tuviera el poder de controlar tus movimientos, soy dueña de la narración onírica y podrías responder

a mi voluntad. Quiero que pares, pongo toda mi energía en ello, para Jimena, para los pasos largos a zancada de pierna desnuda bajo el abrigo, para las manos, las muñecas angulosas e inasibles. Estoy a punto de alcanzar tu hombro pero tú comienzas a convulsionarte en carcajadas y te llevas la mano a la boca como indicando sorpresa. Ella ha venido, supe que vendría, dices en el sueño. Inmediatamente entiendo que alguna mujer está allí y que la sigues. Comienzas a correr y caigo en la presencia de tus pies desnudos. Toda la silueta está en sombra ahora pero veo las plantas de tus pies iluminadas al correr. Vas a encontrar cristales y la sangre te cubrirá esas dos porciones de piel en movimiento. Me atormenta haber pensando en esa posibilidad y haber forzado con ella el rumbo del sueño, pero en mi mente ya no puedo abandonar la imagen y tal vez te haga sangrar. Giras el rostro y dos aguaceros bajan por tu cara, lágrimas o no, pero lo cierto es que los dejas correr y correr sin interrupción. Anne, mira, se me escapa siempre, es Moravia. Llevaba una camiseta dolorosamente fina y el pelo tenía olor, he seguido su olor pero ya no la encuentro más. Sé que se esconde de mí, se besa con un chico rubio y tartamudo, algunos años menor que ella, al que sostiene por la manga de su camisa como a un muñequito. Jimena quiero señalar estirar el brazo y decirte que la luna es ancha y movediza como un gran cántaro de aceite plateado. No te conozco, tu risa me erizó, tu sed de Moravia era tan ofensiva, mira, Jimena, apunto con mi dedo, la luz me toca, me plateo, soy plateada, me lleno de cráteres. Estoy pendiendo en el medio de la nada mirando desde un arriba que podría ser abajo si un niño giró el cuadro que nos contiene.

Si hago pasar los dedos por mis cráteres los extraigo cubiertos de hulla y de algo parecido a la gasolina. Háblame de esto que me está pasando, deja de buscar, no me oyes Jimena. Me entierras, me conviertes en la superficie del agujero, en una caída de telón antes de tiempo. Pónmelo difícil, le gritas al fantasma de Moravia de forma que parece una exigencia. Hasta la última palabra, le gritas, aguanta agarra y tira para sacar hasta que expulse la última palabra.

*

Cuando estoy asustada; pececillo de plata, lepisma de la harina, insecto tisanuro. Soy ágil ágil ágil, huyo de la luz, mi cuerpo es gris metálico. Me alimento de papel, me alimento de moho, de silencio. El silencio me llena el vientre y la boca, pececillo de plata. Si nadie me quiere me iré a vivir a una casa en el mar con mi padre. Bajaremos todas las mañanas a tomar té con una nube de leche frente al periódico. Leeremos en silencio. Comentaremos las noticias. Las noticias nos asegurarán una conversación cada día. Cada cual trabajará en lo suyo. A la noche tomaremos sopa en una mesa pequeña frente a la ventana que da al mar. Cuando mi padre no se valga por sí mismo entonces ya viviré sola. No pasará nada. Huiré de los centros. Aprenderé cosas que otra gente nunca aprende puesto que les tocan vidas distintas. Con amigos y familia y ruido todo el tiempo. Vidas con hijos. Iré a una perrera y adoptaré al perro más triste, al mestizo más desafortunado, con los dientes torcidos o sin una oreja. A un perro ciego de un ojo. Dormiré con él en las noches, me despertará a la mañana con lametazos

en la cara. Hay muchos tipos de vida, muchos tipos de compañía. Repetirlo me hace fuerte, pececillo de plata. Existe una compañía justa para cada mamífero y es la que puede seguir su ritmo. No adoptaré a un perro que necesite correr todos los días, ni a uno demasiado bonito, al que se le acerquen los niños por la calle. Iré siempre con mis enormes gafas de ver y no me importará. Me esconderé tras ellas, y sonreiré con verdadero amor a quien no me juzgue. Ayudaré a quien necesite ayuda y sepa también recibirla. Eso no es fácil. Amaré con sencillez. Si dispongo de dinero y tiempo adoptaré a una niña y le diré: no me pertenesces, somos compañeras, compartiré contigo lo que tengo y lo que sé, pero siempre podrás tomar tu camino. No me importará no ponerle mi apellido. Disfrutaré infinitamente compartiendo juegos. Leopold también jugará con ella, le contará historias, los tres iremos juntos al cine y él le enseñará que todos somos diferentes y que nos asociamos para lograr la mejor vida posible. Mutualismo: relación no obligatoria entre especies en la que cada uno puede subsistir sin la necesidad del otro. Podrían vivir por separado, no hay parasitismo ni depredación, pero juntos optimizan los recursos, el tiempo. Me digo; todo esto es muy simple, pececillo de plata. Tranquila, pequeña, tranquila, me digo. Sigue leyendo, te harás sabia, estarás preparada para el dolor, podrás marchar sola, cruzar pueblos, conocer gente y algunas de esas personas tampoco tendrán miedo y también habrán aprendido que la vida es la raíz, que vivir es conocerla, saber dónde se agarra. Luego ya salen tallos, hojas, todo puede cambiar su forma una y otra vez pero el conocimiento de la raíz es sabiduría.

No buscaré que me quieran, eso no me generará la ansiedad terrible que me enferma y me agota. Puedo acomodarme bajo un edredón calentito, con un perro ciego de un ojo. Escuchar música clásica mientras limpio el cuarto, lavarme la cara con jabón y agua fría, cortar un pedazo de Aloe y sacarle el jugo con la uña. Ponérmelo en la piel. Cada vez que toque mi propia mejilla notaré la suavidad y será suficiente. Tendré conversaciones con la anciana de la panadería en la que venden pan alemán. Haré cerámica, cada cuenco será una prueba de vida y podré regalarlos a las personas que quiero para que tomen allí el café o la sopa. Todo será tibio, me digo, aprende a respirar bien, pececillo de plata. Iré al campo con mi perro y no huiré de la luz. Me echaré sobre la hierba y me dará lo mismo que otros me miren, como cuando era pequeña. Leeré libros de biología y entenderé lo que leo. Seré sabia, pececillo de plata. Frente al capricho del azar y las complicaciones pondré lo mejor de mí. Eso será todo, será suficiente. No me negaré nada. No actuaré para los otros. Cortaré lavanda y la traeré a mi mesita de noche. Una vez por semana, hasta que dure el olor.

*

Requiem Aeternam, de Jocelyn Pook, sonando desde el ordenador. He cortado los estambres a los lirios blancos que mi madre me trajo en su última visita, para poderlos tolerar. El decaimiento de la flor empieza por el derretirse del estambre, arruinando el pétalo con sus manchas amarillentas, arruinando la ropa y la tapicería del sillón, incluso la funda nórdica si la

jarra de cristal que hace las veces de florero está sobre la mesita de noche. Intento moverme con lentitud, siendo consciente de cada movimiento. Pongo a hervir agua y saco de unos botecitos flores de lavanda y centella asiática, lo mezclo todo con cuidado con una cucharilla de té, procurando no perder ninguna de las flores diminutas. Si una cae, la aprieto entre las uñas y así le extraigo el aceite, me acerco los dedos a la nariz para recibir bien el olor. Estoy sentada a un lado de mi cama, con los pies dentro de unas zapatillas de hotel. Es una dimensión estrecha que señala para siempre mi austeridad: una cama individual con una manta de punto verde aguamarino sobre el edredón y las sábanas. Es la cama de la infancia convertida en la de la universitaria que estudia un posgrado fuera de su ciudad, no muy lejos, no ha salido de su país siquiera. La universitaria que no espera visitas. Que prepara su nido ajustando bien tirantes los límites de la ropa de cama por debajo del colchón, hasta que una vez dentro casi no puede moverse. Se duerme recostada de un lado y despierta en la misma posición. Encarando la mesita de noche con una botella de cristal verde y tapón de corcho, un vaso chato para el agua. Bebe uno antes de acostarse. Orina al despertar. Todas las mañanas.

Blow the wind/ Pie Jesu, de Jocelyn Pook. *Blow the wind, somebody, blow the wind somebody, blow the wind, somebody.* Dos ¿hombres? muy corpulentos, de carnes blandas y barbas pelirrojas se toman de las manos y bailan girando en círculo, incrementando la velocidad hasta que entran en esa celeridad en la que soltarse implica salir disparado contra la pared o el suelo. Llevan vestidos de seda muy largos con la

espalda descubierta. Se miran fijamente y lloran al girar lágrimas oscuras de máscara de ojos. Los pies regordetos y descalzos están adornados con pulseras de plata con cuentas de madera engarzadas. Son hermosos. Envidia su emoción al mirarse.

Forever without end (Solo voces), J.P. *She she said death was just a beginning she she said death was just a beginning for forever forever without end.* Ella ella dijo muerte es sólo un comienzo, ella ella dijo la muerte era sólo un comienzo para para siempre sin final. Ella es invisible, arena besando mis labios, diamantes en mi piel, arena besando mis labios, diamantes sobre mi piel. La luz de la luna la trae hasta la ventana y yo lucho entre las sábanas con ella, con su sombra. Mi vientre se inflama, trago su alma y mi vientre se inflama, pesado, lleno de pena.

Tengo un plato de postre y dentro, un puñado de arándanos. Los meto en la boca de uno en uno y los hago estallar contra el paladar. Aquí no ocurre nada: aquí todo está siendo. Cada estallido es algo que acontece y cambia la naturaleza de las cosas. Intervengo en el cuerpo del arándano, lo empujo hacia su transformación. Nada me salvará de las mías. Cambio sin parar, fuerzas invisibles me empujan. No quiero extrañar ninguno de los estados del cuerpo que ya he dejado atrás. No me miro en los espejos; si lo hago es con cierta distancia. No quiero hacer de mi imagen un doloroso objeto para mi propio fetiche, prefiero ser el ojo que mira y no quien es mirado. Cuando paseé por el lago, mi presencia mínima entre la de las garzas, los cormoranes y lo ánades reales, fui únicamente la mirada que se arroja sobre el resto de las cosas. De niños miramos lo que podemos tocar,

manipular, consumir, llevarnos a la mano o a la boca, usar como refugio para meternos dentro. Luego el imperativo del espejo, el contraste con la televisión, la fotografía, el mundo de las imágenes. No quiero ser fetiche de mí misma, no. Miro el tejido suave de la manta y la mesa de madera cremosa de Ayous. El cesto de la ropa sucia trenzado en fibra de Abaca bajo la ventana, junto a una maceta de loza donde crece una pequeña palmera de interior.



Edén Barrena
Badajoz, 1991

Graduada en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid, cursó su último año en Stuttgart, Alemania, gracias a una beca Erasmus. Entre 2013 y 2015 estudió el Printmaking MA en el Royal College of Art, Londres, donde profundizó en la litografía y otras formas de obra seriada.

A través del dibujo y la apropiación de imágenes, se interesa por la relación entre el individuo y aquello que considera ajeno, y el extrañamiento y conflictos que este encuentro genera.

El Hombre y la Tierra es un proyecto de dibujo y animación provocado por el hallazgo de una enciclopedia editada en 1969.

Juegos de la edad tardía, de Luis Landero, es una novela que no dejo de tener presente, que me sorprende pensando a menudo. Cuando el protagonista, Gregorio Olías, es aún un niño, queda a cargo de su tío, un hombre humilde que aspira al gran conocimiento. La más apreciada de sus poquísimas posesiones es un atlas que, según cuenta, le regaló el diablo una noche en que se le apareció.

La enciclopedia que encuentro al poco de mi llegada a Córdoba supone un archivo visual muy valioso, que como contenedor de imágenes me merece gran atención. Esas imágenes me intrigan, y me acercan a escenarios y personajes remotos que, para mí, tienen todo lo que le pido a la ficción y que, sin embargo, sí parecen existir.

La veo en un aguacate, en un trozo de tarta, en una postal retro. Edén, aparte de su buen gusto por los pequeños detalles y de su sonrisa, tiene ya desde hace tiempo una mirada y un lenguaje plástico muy particulares. Ejecuta y capta con suma rapidez todo aquello que le interesa, donde la estética y el color toman protagonismo. Consumiendo sus obras quedo atrapado en una especie de orbe ficticia donde cada personaje u objeto que personaliza me lleva a formar parte de una historia.

— Sergio



Los dinka viven entre el Nilo Blanco y el Nilo Azul
10x13 cm. Lápiz y cera sobre papel
Cuaderno nº 24 del proyecto
El Hombre y la Tierra, 2016





Ambas imágenes:
África es tierra de misiones
10x13 cm. Lápiz y cera sobre papel
Cuaderno nº 13 del proyecto
El Hombre y la Tierra, 2016



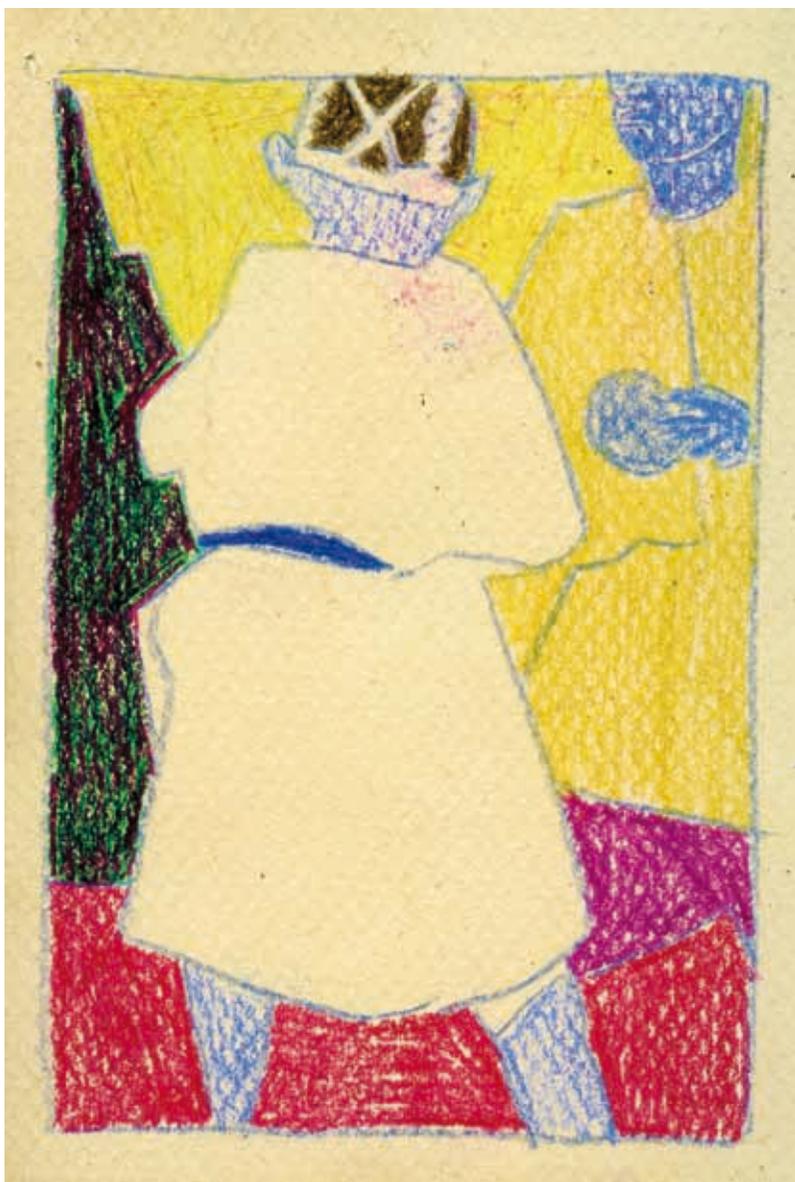


Imagen izquierda:

Lomé, en Togo

Imagen derecha:

Bailarines del sur de Marruecos

10x13 cm. Lápiz y cera sobre papel
Cuadernos nº 22 y 8 del proyecto
El Hombre y la Tierra, 2016



Andrea Santiago Díez
Pamplona, 1993

Graduada en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Navarra. Ha realizado cursos de producción musical y de escritura creativa. El tema principal de sus trabajos suele ser la familia y los abismos generacionales. Ha recibido varios premios de relato corto.

Tres mujeres es una novela compuesta por los relatos de una abuela, una madre y una hija, que se despliegan a partir del suicidio de una de ellas. Entre cada historia se abre un abismo generacional que puede ser irreconciliable. En sus relatos, las dos mujeres que siguen vivas intentan aprender a sobrevivir con esas brechas.

En la obra de Andrea encuentro el dhiana del budismo. Me transmite la idea de que la vida es como un sueño y algún día nosotros, los humanos, desapareceremos del universo; pero el espíritu y el pensamiento pueden ser inmortales. La situación y la posición de cada personaje de su novela están entretnejidas en un mundo más allá de nuestra imaginación.

— Hui

Fragmentos de
Tres mujeres

MUNA

Si vaciasen todos los ríos, ¿cuántos cadáveres encontrarían?

Las polillas se orientan en la oscuridad gracias a la luz de las estrellas, pero sobre todo por la luna. Ven la luna y consiguen situar los espacios, arriba y abajo, y guiarse en sus movimientos migratorios. Al ser un referente tan lejano, las polillas tratan de volar lo más alto posible, lo más cerca del disco blanco, en línea recta, para aprovechar los impulsos del aire. Por eso la luz artificial las confunde tanto.

Siempre me han dado muchísimo asco las polillas. De pequeña, Teresa cogía bichos para mí. Se los guardaba en la bata del colegio y me los daba.

Toma un regalo, decía.

Y dejaba en mi mano gusanos, mariposas o escarabajos muertos. Un día le dije:

No hagas esto más.

¿Por qué?, preguntó.

Pude decirle:

Porque los bichitos también tienen sus corazones y no hay que matarlos. Ellos quisieran vivir como tú.

Ella habría contestado:

¿Corazones cómo? ¿Pequeños? ¿Como un polvo?

Y yo:

Como una diminutísima mota de polvo.

Pero le dije:

Porque me da asco.

Y ya más no lo hizo.

Con los años, Teresa y yo nos perdemos, y entonces un día el Niño de arriba me trae la polilla muerta.

Toma, Amiga, me dice.

Me da otra vez mucho asco. Vivas puedo recogerlas con el cuenco de la mano y sacarlas por la ventana, o dar la vuelta a un escarabajo que agita las patas en el aire. Pero yo no toco cosas muertas.

Es grande, como del tamaño de mi dedo índice. Ya tiene las alas arrugadas y llenas del sudor del Niño, que no sé cuánto tiempo habrá estado jugando con ella. La pobre polilla es realmente asquerosa, pero tiene algo bello y extraño que rezuma. Es de un color indeterminado, gris y marrón. Sus alas forman un triángulo perfecto, triángulo lleno de detalles negros. Me imagino a alguien trazando los dibujos una noche, dejando a la polilla en la repisa de la ventana con la tinta aún fresca, para que despierte del sueño profundo y venga a la vida.

La luz artificial las confunde porque está muy cerca. Uno de sus ojos capta más luz que el otro y el ala de esa parte de su cuerpo comienza a agitarse loca, lo que provoca que la polilla vuele en espirales y se pegue contra la bombilla o lámpara una y otra vez. Es

decir, que se matan a golpes. Es un comportamiento innato y a la vez suicida. La misma brújula con la que estás destinado a guiarte, para migrar, para vivir, te mata. No sé si es culpa de las polillas o de la luna.

El Niño y yo buscamos una cajita de cristal y metemos a la polilla dentro, como si fuese un ataúd. En una cajita de cristal las cosas que se murieron porque no supe. Después comemos galletas mirando las palomas que bailan en la azotea de enfrente y él dice:

¿Sabes que las palomas a veces no tienen patas porque se cagan encima? Me lo dijo la mamá.

TERESA

¿Cuál es el verbo para querer, y a la vez, no querer algo?

Resulta que al final no he podido leer nada. He oído la llave rechinando en la cerradura, he guardado todo y me he ido a mi habitación. Después he fingido que acababa de levantarme, he saludado a mis padres y nos hemos sentado los tres a la mesa porque ya era la hora de comer.

Ahora estamos en el tanatorio. Lógicamente somos los primeros. Es un sitio muy extraño, con las paredes de color coral y madera oscura, y flores por todas partes. Aunque huele muy mal. Pero no puede ser de los muertos. ¡Es la sugestión! ¡El olor a sobaco de la Parca, que es una cerda!

Espero que no la tome conmigo por insultarle.

Nos han llevado a una sala. Dentro de la sala había un cubículo de cristal. Y dentro del cubículo estaba la abuela Franca.

La verdad es que no parece muerta, sino dormida. He dormido junto a ella muchas veces, en la finca, y respiraba muy bajo, apenas movía el pecho, como ahora. No sé cómo estaría antes del accidente, pero tiene el pelo bien recogido en su moño habitual y los labios apagados, y parece que sonrío de un lado.

Como si no se le hubiera caído una casa encima, vaya.

Mis padres están hablando con el encargado. Es un reflejo inconsciente: levanto el brazo y doy unos golpecitos suaves en el cristal. Ella no abre los ojos.

Menos mal, me habría dado un infarto.

Me ocurre algo parecido a lo de ayer por la noche: noto un extraño calor que se extiende desde las puntas de los pies y recorre mis venas hasta tensarme los músculos y entonces se me rompen, y me echo a llorar. Me invade una tristeza honda, templada, como si la llevase corriendo con la sangre. Es paralizante, asquerosa. Estas lágrimas no se parecen a las de la mañana; cada una de las de ahora es como uno de los recuerdos que tengo de mi abuela. ¿Qué está pasando?

Si sigo llorando así, voy a parecer un panda.

Miro a mi madre. Ha llorado todo el camino en silencio. Pero ella siempre ha sido guapa. Elegante como... como un pavo real rodeado de pollos desplumados. Y dentro de toda esa tristeza sigue siéndolo. ¿Por qué yo no soy así?

Empieza a llegar gente. Hermanos y cuñadas de mi padre. Primos lejanísimos. Una antigua profesora jubilada que seguro que no tiene nada mejor que hacer. Muchos ancianos que no conozco, que supongo que serán de la residencia. Amigos, amigos de amigos, conocidos que tienen tiendas donde alguna vez

compró algo mi abuela. Mis padres y yo estamos en fila, de cara a la puerta. Nunca había recibido tantos abrazos gratuitos, es agotador.

Solo quiero irme a casa para hibernar dos mil ciento treinta y cuatro años.

Entonces se me paraliza el corazón. ¡Diego el Imbécil ha venido al tanatorio!

Está con un par de amigas mías. Mis amigas son personas inteligentes y saben manipular los cerebros ajenos para cumplir los deseos de una huérfana de abuela necesitada de amor. ¡Qué bien que me he peinado y me he pintado los ojos!

Bien. A ver cómo me comporto.

Si hubiera sabido que venía, habría ensayado alguna pose. Tengo diez segundos para fingir que no le he visto y pensar con rapidez antes de que se acerque a darme el pésame.

O lo que sea.

A ver, no puedo ir de ofendida. Si voy de ofendida, pensará que me importan más los mensajes sin respuesta que la muerte de un familiar. Entonces confirmará su teoría de que soy retorcida y manipuladora. Y eso no puede ocurrir, desde luego que no.

Si pongo cara de estar muy triste, le daré un poco de pena y creará que soy vulnerable, y confirmará su teoría de que debajo de mi pose de manipuladora y retorcida hay un ser humano, y eso tampoco puede ocurrir. No, señor. Porque los seres humanos cagan y hacen cosas horribles.

Tiene que pensar que soy más especial que todos los seres de esta sala, que ya son buenos por sí mismos, y las palabras “retorcida” y “manipuladora” no deben

acceder a su cerebro bajo ningún concepto.

Tengo otra opción: ser yo misma.

Ni de coña.

Mi apariencia debe ser la de “atractivamente triste” mezclado con un poco de “mi vida es más interesante que la tuya” y “nariz respingona con altivez para hacerte ver que me pareces un niño inmaduro y feo, feo sobre todo, por no responder a mis mensajes”.

Bien, creo que puedo hacerlo.

Se me hace muy raro ver su cara tan de cerca. Se me había olvidado que tiene pecas. Como si alguien le hubiera escupido puré de zanahoria por toda la cara a través de un colador. Se lo merecería. También tiene cara blanca como culo de estatua.

Compartimos desgracia, pero yo soy mejor.

De todas formas, si hubiéramos tenido hijos, habrían cagado copos de nieve. Habrían *sido* copos de nieve.

Creo que me ha dicho que lo siente. ¡Que lo siente! Sí, seguro.

¡Y ha intentado abrazarme! Espero haberme rociado con bien de colonia para embriagar sus sentidos y que me imagine desnuda con un *post-it* que diga: “¡No puedes tenerme!” al lado de una cara súper sonriente.

Le he dado unos golpecitos en la espalda y he sonreído débilmente. A ver si ha sido más listo que mis amigas y yo y ha venido para distraerme de mi tristeza y que me sienta mal conmigo misma luego. Seguro que ha hecho eso. No, no creo. No es tan inteligente.

Cuando se ha acercado para estrecharle la mano, mi padre le ha dicho: “Qué buenos amigos tiene

Teresa. No sé qué haría sin vosotros. Es muy amable por vuestra parte haber venido a verla”.

No voy a ponerme a analizar esa frase porque la destruyo en lo que tarda una mosca en frotarse las patas.

Algo que añadir al *Teresafiesto*. Va a ser infinito. Punto número 625: Que tus padres no conozcan a tus amigos. Si tus padres conocen a tus amigos, no dejes que les hablen. Si hay alguna posibilidad de que vayan a hablarles, huye. ¿No puedes? Drógales a todos.

Ay, qué bien me vendría una petaca. Espero que me den algún premio por el *Teresafiesto*. En fin, solo quiero decir que a Diego siempre le han gustado los cadáveres porque estudia Medicina y creo que acabo de averiguar la causa de que haya venido.

No ha venido por mí. Ay, que lloro.

Creo que tengo tendencia al autosabotaje. Bueno, ya se me pasará.

Ay, que lloro. Estoy tan sensible que me quiero morir.

Bueno, morir no.

Voy a intentar no llorar, que no quiero parecer más panda aún, que está Diego y pensará que soy fea. Y hoy es un mal día para que alguien piense que soy fea.

¿Para qué habrá venido? Está ahí sentado con mis amigas, con sus huesudas rodillas y sus huesos estúpidos, y mirando con sus ojos y respirando. Mis amigas son unas cabronas. ¿Cómo se les ha ocurrido invitarle? Ay, que lloro. Creo que me ha bajado la regla. Voy a decírselo a alguien. Miro a mi padre y le digo:

–Creo que me ha bajado la regla.

Me mira con cara de susto porque no le mola que le digamos que hay sangre en nuestras bragas. Ni que hablemos de nuestras bragas. Ni de ninguna braga. Bueno, me voy al baño corriendo.

Llego al baño corriendo. Me miro en el espejo: soy medio panda. Me mojo los dedos y me quito las manchas negras de debajo de los ojos. Por lo demás no doy tanto asco. Muestro los dientes al espejo para ver si hay algún rastro de espinaca. Nada. Todo bien. Gracias a Dios no he comido espinacas hoy ni durante el último año. Me recoloco un poco el pelo y me sueno los mocos. ¿Para qué había venido yo...? Ah, sí, para lo de la regla. A ver.

No hay regla.

Son las hormonas, pero sin regla. En mis bragas solo hay soledad.

Al otro lado de esta estúpida pared está Diego. Y seguro que está esperando a que le diga algo.

No puede irse sin que yo le demuestre que estoy por encima de sus chorradas de inmaduro. Y de feo.

Creo que me duele el cerebro de tanto pensar.

Salgo por la puerta corriendo y casi me tropiezo con él.

Ahora también quiere darme sustos. Está conspirando, y mira que odio esa palabra. Me espera para que no tenga tiempo de fingir ser normal. Este es el diálogo:

–Teresa, ¿estás bien?

–¿Quién, yo?

(Tiene la mirada fijada en algún punto de mi cara que espero que no sea mi boca no vaya a tener algo de baba. Creo que me está hablando a mí)

–Bien, muy bien. ¿Cómo estás tú? Guay, ¿no?

–Ya sabes, estudiando un montón. Este semestre voy jodido. Oye, ¿estás bien? Te he visto ir al baño corriendo.

Oh, DIOS SANTO, tengo que dejarle muy claro que no he ido porque fuera a cagar ni nada de eso. Perdería todo mi encanto. Y le contesto:

–He ido a mirarme las bragas.



Daniel Martínez Martín
Torre del Mar, Málaga, 1993

Graduado en Historia del Arte por la Universidad de Málaga y en Guitarra Eléctrica por la Escuela de Música Moderna de Madrid. Realizó diversos cursos, como Composición en el Berklee College of Music. Debido a su pasión por las músicas del mundo, ha estudiado también el buzuki griego, el tres cubano, la guitarra flamenca y el *oud* árabe.

Ensueño cordobés es un disco de nueve piezas inspiradas en la Córdoba de los siglos X y XI. Está compuesto para cuarteto de cuerda y, en algunos casos, para buzuki y guitarra flamenca como instrumentos solistas. En las páginas siguientes se incluyen fragmentos de la partitura de *Ibn Firnás*, una de las piezas de *Ensueño cordobés*.

Mirar la ciudad con ojos antiguos y aún nuevos. Con una atención que aplica el filtro nostálgico de la historia y las historias, pero que también desea para sí toda la frescura. El esfuerzo, la técnica, el querer siempre un poco más, un poco más lejos. Daniel transita las imágenes, los mitos, los relatos, con la energía y la voluntad de quien se siente primero en llegar a un paisaje.

— Sara

a Uzman Almerabet
Ibn Firnás
 para cuarteto de cuerda

Daniel Martínez Martín

♩ = 90 A

Violín I

Violín II

Viola

Violonchelo

4

8

© Daniel Martínez Martín

7

79

82 **I**

82

84

84

© Daniel Martínez Martín

86 8

Musical score for measures 86-87. The system consists of four staves: two treble clefs (top two) and two bass clefs (bottom two). Measure 86 features a melodic line in the upper treble staff with a half note and a quarter note, and a bass line with quarter notes. Measure 87 continues the melodic line with a half note and a quarter note, and the bass line with quarter notes. The key signature has one flat.

88

Musical score for measures 88-89. The system consists of four staves. Measure 88 features a melodic line in the upper treble staff with a half note and a quarter note, and a bass line with quarter notes. Measure 89 features a melodic line in the upper treble staff with a half note and a quarter note, and a bass line with quarter notes. The key signature has one flat.

90

Musical score for measures 90-91. The system consists of four staves. Measure 90 features a melodic line in the upper treble staff with a half note and a quarter note, and a bass line with quarter notes. Measure 91 features a melodic line in the upper treble staff with a half note and a quarter note, and a bass line with quarter notes. The key signature has one flat.

© Daniel Martínez Martín

Sobre las piezas que componen *Ensueño cordobés* y su orden de aparición en el disco:

1. Obertura. La perla de Occidente.
2. Ibn Firnás.
3. Sonámbulo.
4. Noche en la judería.
5. A la mar I
6. A la mar II
7. Ensueño cordobés
8. Azahara
9. Eliseo

Grabadas por el Cuarteto Nher, cuyos miembros son:

Violonchelo: Patricia Cosano.

Viola: Celia Amor.

Violín II: Marta Mesa.

Violín I: Marta Martínez.

El disco fue grabado y producido por Miguel Ángel Ortega de Clamian Records durante el mes de abril de 2016 en la Fundación Antonio Gala.



